



asuntos
públicos
— .cl



Centro de estudios del desarrollo

 /asuntospublicos

 @ced_cl

Novedades

09/10/2014

Política

El poder del dinero y la democracia liberal

03/10/2014

Economía

Aprobación de la Reforma Tributaria: el primer paso

29/09/2014

Política Sectorial

Conceptualización y Requerimientos del Reglamento de EAE

22/09/2014

Política Sectorial

Pobreza Energética, desafíos de política para Chile

15/09/2014

Política

América Latina y esperanza cristiana

08/09/2014

Política

Retórica y Reformas: Releyendo a Albert O. Hirschman

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1163

Política

09/10/2014

El poder del dinero y la democracia liberal

Sergio Micco Aguayo

El caso Penta y el financiamiento de las campañas electorales ha puesto nuevamente en el tapete la relación entre política y dinero. Si bien el debate ha girado en torno a montos, responsables, fraudes y controles, la cuestión es mucho más profunda y dista de ser un problema técnico o menor. Se trata de un debate antiguo y moderno: oligarquía y república, dos modelos rivales de regímenes políticos. Hace tiempo compré el libro "Dinero y democracia". Su autor es Domenico Fisichella, catedrático universitario y ex vicepresidente del Senado italiano hasta el 2001. En esa doble calidad sabe de lo que escribe. Dormía entre mis libros el año 2003. Este fin de semana del 2014 supe que era tiempo de volver a dialogar con él.

Fisichella parte por Platón quien en el libro octavo de la República señala que la excelencia y la riqueza se oponen. "Por ende, cuanto más se veneran en un Estado las riquezas y los hombres ricos, en menos se tiene la excelencia y los hombres buenos". La oligarquía es un régimen degenerado en que gobiernan unos pocos, los que el censo ha ratificado como ricos. Ellos ávidos de riqueza detentan el poder, con el que enfrentan temerosos a la multitud de pobres que codician sus bienes y llenan sus corazones de resentimiento. Para Platón tal régimen sucumbe cuando se produce la guerra, ya que los oligarcas son incapaces de llevarla a cabo pues son pocos. Y si arman al pueblo para defender la ciudad, le temerán más que al enemigo. Rousseau intenta revitalizar el pensamiento republicano de la antigüedad. Y su mirada respecto del dinero no es más positiva. "Tan pronto como el servicio público deja de ser la principal preocupación de los ciudadanos, prefiriendo prestar sus bolsas que sus personas, el Estado está próximo a su ruina. ¿Se hace urgente combatir en su defensa? Pagan soldados y se quedan en casa. ¿Hay que participar en el consejo? Si tienen que asistir a la asamblea, nombran diputados que los reemplazan. A fuerza de pereza y de dinero cuentan con un ejército para servir a la patria y representantes para venderla".

1 Doctor en Filosofía del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile. Miembro del Directorio del CED.

Por cierto, antiguos y modernos han visto en la propiedad un elemento indispensable para la grandeza de la república. Quien nada posee siempre será un sujeto débil y objeto eventual de servilismo. Por el contrario, el ciudadano debe tener propiedad suficiente para alcanzar la autonomía, la autarquía, la elevación espiritual y el tiempo libre para poder dedicarse a los asuntos públicos. Una república poderosa es aquella que cuenta con medios políticos, militares, económicos y espirituales para realizar grandes cosas. Pero se trata de medios, no de fines, pues cuando se pone todo el interés en acaparar alguno de ellos, se descuida el bien público y se sacrifica el interés general. Y el ciudadano virtuoso es aquel que posee el sentimiento y la conciencia del interés público y la dedicación a él.

Tanto los antiguos como los modernos han visto tres problemas con el hecho que el poder político sea detentado por los ricos. El primero es que en tal situación se pone en riesgo el interés público, que debe ser general y común, jamás particular y para unos pocos. Menos si esos pocos son unos privilegiados económicamente hablando. Si nos gobiernan personas ávidas de ganancia, ¿cómo no sospechar que utilizarán el Estado para acrecentar sus arcas tomando decisiones arbitrarias, o vendiendo votos y sentencias? El segundo es la concentración del poder. Pues quien tiene dinero y adquiere además cargos y honores sufrirá la tentación devastadora de abusar del poder. Y la república antigua es un régimen mixto que busca evitar tal concertación, como la república moderna es democrática y pluralista, pues sabe que el monopolio del poder degenera en despotismo y autoritarismo. En tercer y último lugar, cuando el poder de unos pocos se hace tan fuerte, rico y duradero, la libertad e igualdad republicana a la que aspira todo ciudadano es convertida en simple declaración formal desprovista de toda materialidad real.

La ideología liberal es hegemónica en nuestra cultura política. El liberalismo es extremadamente celoso cuando la política subyuga y prevarica a la economía. El Estado no debe intervenir en la economía, o debe hacerlo lo menos posible. Es lo que hemos vuelto a escuchar a propósito del incremento del presupuesto fiscal para el año 2015. Los liberales rechazan la intervención de la política sobre la economía, como ayer condenaron la intromisión de la iglesia en la política. El liberalismo que campea en nuestras tierras reclama, no sin justificada preocupación, aunque sí a ratos con mucha exageración, que debemos levantar verdaderos muros que separen a Estado de Iglesia, Administración Pública y mercado. Pero descuidan el obvio problema, que también la economía puede subyugar y prevaricar la política. Pues la historia demuestra una y mil veces que la tentación de utilizar al Estado para enriquecerse todo lo corrompe y somete. Hasta aquí el académico, entremos ahora a las tumultuosas aguas del político.

El problema se agrava particularmente cuando observamos la enorme concentración del poder que sufrimos en Chile. Surge así el obvio temor del exceso y del abuso potenciales de poder. Pues las experiencias oligárquicas demuestran que quien tiene el poder económico financiero toma decisiones que nos afectan a todos mediante medidas que se convienen en comités restringidos y de acuerdo a los intereses y lógicas de dichos comités. Al influir, mediante la propiedad y el avisaje, sobre los medios de comunicación de masas se tiende a homogeneizar a la opinión pública que dista mucho de ser ilustrada y crítica. Finalmente los partidos, ministros y legisladores tienden a doblegarse ya sea por acción directa del dinero que financia campañas electorales, manipula las opciones económicas o por la influencia de éste sobre los medios de comunicación social. Estos riesgos se multiplican cuando tenemos un sindicalismo débil, partidos e instituciones políticas de baja legitimidad y una prensa concentrada en pocas manos y muy sometida a los dictámenes del mercado.

Por último, hay una arista más en este problema. Es frecuente decir que detrás de estas críticas al poder financiero se anida el afán de satanizar al dinero, denominado en la teología medieval como “estiércol del diablo”. Se le acusó que el dinero tiene abiertamente un poder demoníaco pues es un ídolo que puede transformarse en infinitas formas. En efecto, éste puede convertirse en una bella casa, un poderoso carro, un amante codiciado, un profesional bien vinculado, un académico reputado o un ilustre senador o presidente. El dinero es la piedra filosofal, se puede transformar en casi todo. No es raro que surja la codicia, ese afán desordenado por mantener. Se sabe que recién la tradición calvinista vio en la riqueza bendición del Señor y alegría para la comunidad. La reconciliación entre catolicismo y finanzas fue aún más lenta. Por otro lado, la empresa concebida como organización controlada por su patrón, el “*despotes*”, y orientada sólo a ganar dinero es abiertamente criticada por las religiones. Las comunidades, gremios y cuerpos intermedios medievales, como instancias de mediación más horizontales y cooperativas, gozan hasta hoy de buena prensa. Hoy se define a la empresa como comunidad de personas que producen, y distribuyen bienes y servicios para ganancia propia y beneficio social. Hay pues que saber distinguir entre una y otra concepción del dinero y de la empresa. Siempre es importante averiguar cómo se obtuvo tal fortuna. No es lo mismo la riqueza bien habida, que la deshonestamente adquirida. No es lo mismo heredar una fortuna que crearla. No es lo mismo ganar una fortuna generando empresas, bienes y servicios que hacen surgir nuevos trabajos que ganarla especulando en las bolsas del mundo. No es lo mismo dirigir empresas en que existen bajos salarios, peores condiciones laborales, se persigue al sindicalismo o a la mujer embarazada o en edad fértil que ser líder de empresas con responsabilidad social. No es lo mismo predicar la igualdad en el espacio público, y practicar la desigualdad en el privado que ser coherente en ambos espacios de la vida moderna, en fin. Dinero, empresa y política en la palestra.

Nuestros representantes populares deberán volver a debatir y resolver, como lo hicieron el año 2003, cuáles son los límites del dinero en la política y cuán altos son los muros que deberemos levantar para evitar toda concentración excesiva del poder político, económico y comunicacional. Esperamos que sean más exigentes que ese año. La opinión y las nuevas relaciones de fuerzas en el Congreso así lo exigen.